

Miguel Angel Vega

Literatura chilena de la Conquista y de la Colonia

CONCEPTO DE LITERATURA CHILENA



PERTENECEN a la literatura chilena las obras que interpretan y traducen con un sentido de belleza nuestra nacionalidad. Toda nación está constituida por un territorio, una raza, un idioma, un estado y un ideal colectivo que tiende a definirse mejor cada día. Estos elementos se dan fundidos en una sola, viva e inefable unidad. Documentos literarios como *El Poema del Cid*, en España, y *La Chanson de Roland*, en Francia, son acabadas expresiones del alma de estos dos pueblos europeos. Diríase que dichos poemas épicos brotaron del suelo, de la raza y del idioma como al conjuro de un mandato superior. En las naciones del Viejo Mundo, este fenómeno se produce con cierta facilidad. No ocurre lo mismo en Chile ni en el resto de los países hispanoamericanos porque los elementos constitutivos de la nacionalidad han sedimentado tardíamente, porque somos pueblos jóvenes.

Los argumentos que acabamos de exponer justifican el hondo problematismo que encierra la demarcación cronológica de la literatura chilena. ¿Cuándo empieza nuestra literatura? ¿Es correcto seña-

lar el período de la Conquista o el de la Colonia como sus hitos iniciales? ¿Son obras literarias nacionales *La Araucana*, de Ercilla, las *Cartas*, de Pedro de Valdivia, y *El Cautiverio Feliz*, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán?

En un estudio publicado hace algún tiempo negamos timbre de chilenidad a las obras citadas más arriba y a las que escribieron en aquella época Oña, Ovalle, Rosales, Vidaurre (1). Hoy día no pensamos de la misma manera. Creemos que *La Araucana* pertenece a la literatura chilena por el influjo que ha ejercido en su desarrollo y en el pensamiento nacional desde el siglo pasado hasta el presente. Estimamos, del mismo modo, que Pedro de Valdivia es el primer conquistador español de alta calidad humana a quien cogió nuestra tierra en su malla de amor, y que él es, bien mirado, el primer chileno notable de nuestra historia. No tenemos tampoco ninguna duda sobre el fondo indígena y vernacular del *Cautiverio Feliz*. Si la nacionalidad chilena no existía aún como una realidad histórica o jurídica, lo cierto es que estas obras participan de sus caracteres esenciales.

El problematismo que envuelve la demarcación cronológica de la literatura chilena y la fijación de sus rasgos principales se confirma si atendemos a otros datos dignos de considerarse: los límites inseguros del territorio nacional desde la Conquista hasta la guerra del Pacífico; la lenta formación de la raza chilena, proceso que duró los tres siglos coloniales; las relaciones entre la literatura chilena y el idioma castellano, y viceversa, entre éste y aquélla. Todos estos factores comunican inseguridad a las clasificaciones y juicios implícitos en el estudio de los orígenes de la literatura patria.

EL SUELO

Chile posee una extensa y variada geografía, la que ha dejado,

(1) Miguel Angel Vega M., *El españolismo en la producción literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII en Chile*. Prensas de la Universidad de Chile, 1941.

por cierto, alguna huella en el alma de sus habitantes. Los autores señalan como una característica general del país su aislamiento del mundo. Chile es una nación *isla*. El escritor Benjamín Subercaseaux ha dicho a este respecto lo siguiente: "Sabemos que en el extremo norte Chile está separado del mundo por una ancha extensión desértica. Por el sur mira hacia los hielos del polo. Por el oeste tiene el océano hasta la mitad del mundo; y por el este la cordillera inmensa" (2). La característica geográfica anotada ha contribuido poderosamente a la formación de una raza de gesto rudo, palabra sobria y esforzado espíritu de trabajo.

Los geógrafos dividen el país en diversas regiones. Creemos que no desvirtuamos la realidad territorial del país si reducimos a tres sus zonas capitales: el norte, desde Arica hasta Coquimbo; el centro, desde Aconcagua hasta Puerto Montt, y el sur, desde Chiloé hasta Punta Arenas. Las tres zonas son muy disímiles entre sí. La más importante de ellas es la central por su valor histórico y político y por el hombre que la habita. En dicha zona nos encontramos con las grandes haciendas o fundos, núcleos constitutivos de la esencia de la nación. Aunque suene a extraño a muchos oídos, Chile es un país agrícola antes que minero o industrial. El escritor extranjero Mc. Bride ha ponderado en términos superlativos la decisiva importancia de la zona central en la vida de la nación: "Aquí vive más de las tres cuartas partes de la población, están situadas diecinueve de las veintiséis ciudades con más de 10,000 habitantes; están prácticamente todas las haciendas del país. Aun los propietarios de las naturales fuentes de recursos existentes en el norte y en el sur viven aquí; este es el centro político, social, educacional, financiero de la nación" (3).

La zona norte con sus ricos yacimientos minerales e inhóspitos desiertos no define a Chile como no lo define la zona austral con

(2) Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, ediciones Ercilla, 8.^a edición, pág. 65.

(3) Jorge M. Mc. Bride, *Chile: su tierra y su gente*. Prensas de la Universidad de Chile, 1938, pág. 18.

sus hermosos canales y bosques de tupidos árboles. Si no fuese por sus depósitos de oro, cobre, salitre, etc., la región nortina estaría deshabitada. Allí no hay agua, vegetación, vida natural. La zona austral, con sus islas, penínsulas y cadenas de montañas y riguroso clima tiene escasa significación en la vida de la nación. El escritor Mariano Latorre ha expresado a este respecto un juicio acertado: "El valle central es la patria del huaso y del caballo chileno. En las talabarterías, muy abundantes en todos los pueblos, se exhiben las lujosas sillas, las trenzadas riendas, y cuelgan de las paredes las mantas de vivos colores y las espuelas de tintineantes rodajas. Porque aún el huaso ama el caballo de tranco ágil y de hocico blanco, esencia de la tierra chilena" (4).

La cordillera de los Andes y la de la Costa recorren el territorio nacional de norte a sur. A veces penetran tierra adentro en el valle central y dan origen a quebradas, colinas y picachos que le comunican una fisonomía varia y asaz accidentada. Latorre ha llamado a Chile con sobrada razón "tierra de rincones".

El valle central es la tierra del huaso chileno, su marco natural. Del huaso nació el roto, hijo rebelde que abandonó el campo y que pulula en los centros urbanos con un gesto humano inconfundible. La literatura chilena ha trasladado a la novela o a la poesía el variado paisaje que le ofrece la geografía de nuestra región. Los escritores nos han ofrecido también animados retratos del huaso en su riquísima gama geográfica y del roto visto en diversos medios urbanos.

LA RAZA

Chile es uno de los países de América de población más homogénea. Esta población proviene de la mezcla del español con el indígena. La sábana paterna la dió el conquistador del siglo XVI, pro-

(4) Mariano Latorre, *La literatura de Chile*, Buenos Aires, 1941, pág. 5.

ducto de diez razas por lo menos. El historiador Francisco Encina ha subrayado con cierto énfasis el aporte godo en la raza española progenitora. "Lo único cierto, lo único real es el hecho de que por las venas del conquistador de América —dice— circulaba la sangre goda en mayor cantidad que en la masa de la población peninsular" (5). La sábana materna la proporcionó la india, especialmente las hembras picunches (entre el Choapa y el Biobío), mapuches (entre el Biobío y el Toltén) y huilliches (entre el Toltén y el golfo de Reloncaví). Se ha calculado que la población indígena alcanzó a un millón de individuos. Los picunches y huilliches representan los dos tercios de la contribución indígena a la sábana materna y los mapuches el tercio restante.

La penetración de la sangre araucana provino no sólo de la mujer sino también del hombre. "El araucano buscó a la hembra blanca española o mestiza —ha dicho Encina— con la misma avidez con que la chincha chilena al varón español" (6). La historia del período colonial registra capturas de mujeres españolas en gran número a raíz de desastres ocurridos a los soldados hispánicos en ciudades y fuertes. Los indígenas, por otra parte, atrajeron a sus tierras y medio social a mestizos y desertores de los ejércitos conquistadores en cantidad bastante apreciable, contribuyendo así a aumentar el aporte de la sangre indígena en la formación de la nueva raza chilena.

La conquista de Chile atrajo preferentemente a nuestro suelo al andaluz, al castellano nuevo y al extremeño. Estos representan el 55.8% del total de conquistadores llegados al país entre 1540 y 1630. En el reino y en América exteriorizaron una psicología muy semejante: valientes, animosos, pero inconstantes, insubordinados, pendencieros, imprevisores. Ellos formaron la primera aristocracia, pero su predominio social, político y económico fué fugaz porque

(5) Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, tomo III, Santiago de Chile, 1944, pág. 24.

(6) Francisco A. Encina, *Obc.*, pág. 43.

otros elementos más serios y trabajadores los suplantaron a corto plazo. A mediados del siglo XVII y en el curso del siglo XVIII se formó una nueva aristocracia, llamada castellano-vasca, que se enriqueció en el comercio y terminó por adueñarse de la tierra.

El proceso de elaboración del mestizaje duró por lo menos los tres siglos coloniales. Se formó en este período una serie de tipos raciales, entre los que destacan el español casi puro nacido en Chile o *criollo*, que dió origen a la aristocracia colonial y el *mestizo*, que dió origen a la gran masa de los campesinos (huasos) y trabajadores urbanos (rotos).

La nueva raza histórica presenta algunas características psicológicas que la poesía y la novela ha captado a través de la creación artística y el ensayista por medio de observaciones certeras. Francisco Encina ha hecho especial mención de la reacción negativa de la inteligencia y de los sentimientos delante del suceder o acontecer, la visión de los defectos antes que las bellezas, y la tendencia a criticar antes que a aprobar. Esta característica está incrustada, sin duda, en el meollo mismo de la raza.

Otras aristas psicológicas raciales son el individualismo, el patriotismo, la superstición, la tristeza, la envidia, el amor al terruño, el mesianismo, la embriaguez en el pueblo y el amor que tiene éste por su madre, la inestabilidad de las reacciones colectivas. "En el alma chilena —dice Encina— todo prende con facilidad y todo se olvida con igual facilidad" (7).

En el orden físico prevalecen las características de la descendencia española en las clases altas y media, y en las bajas las características del pueblo aborigen. La raza chilena, en todo caso, es distinta a la hispánica e indígena, tiene una fisonomía propia cuyos detalles ya han sido dados por los etnólogos y antropólogos que se han preocupado de esta ardua materia.

(7) Francisco A. Encina, *Obc.*, pág. 72.

EL IDIOMA

Hablamos y escribimos el idioma español que nos legó el conquistador y que hemos renovado sin corromperlo en nuestra literatura. Este idioma no corrió el peligro de convertirse en un dialecto o variedad regional del castellano. Toda la población chilena habla el español. No ha ocurrido en Chile el caso de Perú, Bolivia y Paraguay donde la población indígena habla exclusivamente el quechua, aimará, guaraní, lenguas que la población blanca usa también como idioma familiar.

El escaso o ningún valimiento que ha tenido el habla indígena en nuestra población ha permitido el desarrollo del dialecto popular español en todo el territorio nacional. Los escritores criollistas, Latorre, Durand, Marta Brunet, etc., han recogido en sus obras vocablos y giros dialectales de las diversas regiones del país. Lenz sostuvo en diversos estudios filológicos que la pronunciación del español en Chile debía muchos de sus rasgos característicos al influjo del araucano. Esta tesis fué refutada más tarde por Amado Alonso, quien negó la existencia de tal influjo en el sistema fonético del español hablado en Chile (8).

La lengua indígena ha pervivido en la toponimia chilena y en los nombres de plantas y animales (9). El doctor Lenz ha aislado numerosos vocablos de uso corriente en Chile referente a ideas o cosas de origen araucano. Más allá no ha llegado el influjo de la lengua de la raza aborígen. Ramón Laval, Marta Sauniere y otros investigadores han recogido de la tradición oral cuentos populares o leyendas que tienen elementos indígenas fundidos con ele-

(8) Consúltese Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, *El español en Chile*, tomo VI. Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz. Trad., notas y apéndices de Amado Alonso y Raimundo Lida, Buenos Aires, 1940, págs. 212 a 268 y 279 a 289.

(9) Rodolfo Lenz, *Los elementos indios del castellano de Chile. Estudio lingüístico y etnológico. Diccionario etimológico de las voces chilenas, derivadas de lenguas indígenas americanas*, Santiago de Chile, 2 vols, 1905 y 1910.

mentos del folklore europeo o español. Estas consejas o leyendas, no obstante su gracia e interés, no han pasado a aumentar el caudal de nuestra literatura.

El idioma español es el medio natural de expresión de la literatura chilena. El espíritu nacional, formado por la raza, el suelo, el ambiente social, los ideales colectivos, es la fuerza que define y diferencia esta literatura de la de España y de la del resto de los países hermanos de América.

DIVISION DE LA LITERATURA CHILENA

La literatura chilena puede dividirse en varios períodos más o menos homogéneos y compactos atendiendo a su evolución histórica y a las corrientes culturales que de manera ostensible han influido en su desarrollo. He aquí la división que hemos elaborado, producto de nuestros estudios acerca de esta materia: 1.º Período de la Conquista (1541-1557); 2.º Período colonial (siglos XVII y XVIII); 3.º Literatura de la Emancipación o Independencia (1810-1830); 4.º La generación del 42 o período romántico (1840-1880); 5.º El modernismo (1880-1900); 6.º El realismo (1900-1914); 7.º La generación del año 20. El hecho histórico predomina en ciertos períodos sobre el artístico y en otros es éste el que le da la tónica y acento inconfundibles. No estará de más advertir que esta división de la literatura chilena no tiene un valor absoluto sino relativo y aproximado como ocurre con todo intento de ordenación de hechos cuya raíz es el espíritu creador del hombre.

LITERATURA DE LA CONQUISTA

El proceso histórico llamado la Conquista no es para nosotros un simple hecho guerrero, sino que un fenómeno de radio más amplio al que puede fijársele una fecha de nacimiento y otra de término definitivo.

Se inició en Chile el año 1541 y periclitó en 1570. En todo

este tiempo tuvieron oportunidad para manifestarse en el suelo americano, ampliamente, los móviles individualistas vivos en el alma del conquistador. Esquemáticamente consideradas las formas e intereses culturales a que hacemos referencia, son las siguientes:

1.º *Afán de oro y riqueza de los conquistadores*.—Es este, como todos sabemos, uno de los factores más característicos de la conquista de América. Los cronistas nos han dejado una abundante documentación sobre este móvil del soldado español.

2.º *Apetito de honra y gloria de los conquistadores*.—Fenómeno implícito en la quimera de oro propia de todos los conquistadores, cobró este sentimiento un relieve especial en los jefes y capitanes de las empresas: Cortés, Pizarro, Almagro, Pedro de Valdivia.

3.º *Baja extracción social de los soldados españoles*.—Es esta otra forma característica de la Conquista. Aún cuando suele caerse en generalizaciones no siempre exactas en este punto, no cabe discutir el hecho irredargüible. El historiador argentino Luis Rubio y Moreno ha establecido en cuadros estadísticos la exactitud del aserto enunciado en un libro valioso (10).

4.º *Espíritu individualista del conquistador*.—Es esta una de las aristas sensibles menos inequívocas del alma de capitanes y soldados que pasaron a las Indias. Todos tienen una clara conciencia de su "yo", lo sienten como fuerza rectora de sus actos. Es este "yo" enhiesto la palanca que los impulsó al viaje y la brújula que dirigió sus pasos en la tierra indígena. El historiador Néstor Meza Villalobos ha dicho a este propósito las certeras palabras que siguen: "El individualismo renacentista que en Europa dominó en alguna medida al Estado, se manifestó libremente en las Indias, donde todo era nuevo, nadie inquiría sobre el pasado, "los hijosdalgo" y los plebeyos comenzaban del mismo modo su carrera por la honra; sabemos que Pedro de Alvarado ocultó su manto de caballero de Santiago mientras estuvo en la isla Española, y de esto se le acusa

(10) Luis Rubio y Moreno, *Pasajeros a Indias*, Madrid s/f.

en una probanza. No existen otros méritos que las obras y con ellas todos los conquistadores aspiran a ser hidalgos y a obtener un escudo de armas para dejar "perpetua memoria". Una fe orgullosa en las fuerzas del hombre se manifiesta en la actividad española de las Indias y que tuvo su expresión histórica en la siguiente frase de Lope de Aguirre. "Dios hizo el cielo para el que lo mereciese y la tierra para quien más pudiese" (11). El fiero individualismo del conquistador dió origen, una vez en tierras americanas y lejos del control del estado español, a guerras intestinas y aun a conatos de rebelión contra el poder real.

Debemos inferir de los hechos enumerados todas las decisivas consecuencias que ellos tienen en las letras de la época. Tanto Pedro de Valdivia como Góngora Marmolejo y Lobera son escritores pertenecientes a este ciclo literario. A todos ellos caben las observaciones históricas y culturales suscitadas. Son desde luego escritores soldados, acaso más soldados que escritores; son hombres de escasa cultura que escriben al correr de la pluma sin grandes preocupaciones de orden estilístico.

El escritor-soldado de la Conquista tiene un motivo esencial de creación: la lucha entre indígenas y españoles. Diríase que la siente a ras del corazón como un viento cálido y agradable. Escribe fundamentalmente sobre este suceso. Cuando se aparta del tema, como ocurre en las *Cartas* de Pedro de Valdivia, por ejemplo, trata asuntos implícitos en la ruda batalla, como las vicisitudes y sacrificios que cuesta al español y las esperanzas que tiene de darle término victoriosamente.

El escritor-soldado de la Conquista no vió el paisaje ni al indio de esta tierra. Su talento lo gastó en narrarnos las peripecias de la lucha conquistadora. Para él sólo tienen existencia real las escaramuzas guerreras y las batallas encendidas de pólvora. El ambiente

(11) Néstor Meza Villalobos, *Estudios sobre las formas y motivos de las empresas españolas en América y Oceanía desde 1493 a 1560. Investigación de su esencia económico cultural*. Boletín de la Academia Chilena de la Historia, año IV, N.º 7, primero y segundo semestre, págs. 329-330.

cósmico guerrero de la época obligó a todos a vivir arma al brazo sin tiempo para el solaz ni el raciocinio.

En las *Crónicas* de este período y en las *Cartas* de Pedro de Valdivia no se advierten preocupaciones literarias de ninguna especie. Los autores escriben encima de la guerra atentos a la narración de los hechos de que han sido autores o que conocen de labios de sus compañeros de armas. No es la de Góngora (Marmolejo, Lobera, Valdivia, una literatura donosa, galana, sino una literatura en la que destaca robusto el nervio y el alma de estos escritores. A falta de primores estilísticos, exhibe un fuerte sentido realista.

Es posible señalar otras características propias de este período literario. Anotemos, entre ellas, la objetividad del relato. El escritor de la Conquista, con la excepción justificada de Pedro de Valdivia, jamás llega al tono meloso y cortesano de algunos escritores de la Colonia como Santiago de Tesillo, Oña, Ovalle, etc. No transa con nada ni con nadie; siempre va derecho a su objeto. La realidad es para él la realidad. Lo que los ojos ven, visto queda. Góngora (Marmolejo, dice de Caupolicán estas palabras asaz significativas: "Este es aquel Queupulicán que don Alonso de Arcila tanto levanta sus cosas" (12). La ficción no tiene cabida en el espíritu realista de estos hombres como ocurre en Ovalle, Oña y el propio Ercilla. Lobera es más explícito aún cuando nos habla del mismo personaje a raíz del famoso episodio del concurso del madero que los araucanos debieron llevar sobre sus hombros para optar al título de jefe de sus ejércitos: "No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla vaya con tiento en dar el legítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolicán tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole después un grande trecho de sí como cosa en que consistía su elección por estar determinado que el que más tiempo sustentase

(12) Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*. Col. de Historiadores de Chile, tomo II, pág. 84.

aquel madero, fuese electo: en lo cual me refiero a su historia, avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con exageración hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas" (13). El cronista-soldado tiene su puesto junto a la verdad y no junto a la poesía. Las semblanzas que nos han dejado de los jefes de la Conquista contienen por igual luces y sombras. Lobera trata mal a Valdivia de quien dice que era "un soldado de capa y espada", un "hombre de suerte".

Es característica de los escritores de la Conquista cierto desprecio por la erudición libresca, lo que no obsta para que exhiban la poca que poseen. Todos tienen a alto honor escribir sobre hechos reales de los que han sido actores o testigos de vista. Las *Cartas* de Valdivia son documentos de primer orden en el sentido indicado. Góngora Marmolejo dice en su *Historia*: "Comenzó a jugar la artillería tan bien, que metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo vide una pelota, que me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro" (14). El padre Bartolomé de Escobar dícenos en las páginas liminares de la *Crónica del Reino de Chile*, escrita por Lobera, que éste recogió en el libro con extraordinaria diligencia: "Así las cosas de que fué testigo, como persona que se halló en Chile, casi a los principios de su conquista, como las que inquirió con tanta solitud que ninguna cosa más deseaba, que el no ver en su historia cosa que discrepase un punto de la verdad averiguada" (15).

El escritor-soldado de la Conquista escribió condicionado por el ambiente en que vivió y por la escasa cultura que poseía. Pedro de Valdivia y Góngora Marmolejo incursionaron pocas veces por el campo de la cultura. No les interesó, como se ha dicho, el alarde

(13) Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile*, Col. de Historiadores de Chile, tomo VI, pág. 149.

(14) Alonso de Góngora Marmolejo, *Obc.*, pág. 75.

(15) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 7.

libresco. El caso de la *Crónica*, de Lobera, es distinto, pero fácil de resolver. En efecto, esta obra está plagada de milagros, citas históricas y mitológicas. ¿Cómo puede incluirse dentro de la literatura de la Conquista si ésta está poderosamente influída por la escasa cultura del cronista-soldado? La contestación es sencilla. Lobera no fué propiamente el redactor de la *Crónica del Reino de Chile*. Pasaba el rudo y sencillo soldado los últimos años de su vida en Lima cuando conoció al sacerdote de marras quien insufló un pálido destello de vida al relato y le agregó de su cosecha un montón de supersticiones anidadas en su espíritu de creyente y, a la vez, empalagosas citas culturales. Lobera aportó al libro la materia, los hechos; el padre Escobar, la forma literaria. Este razonamiento nos ha inducido a situar a Lobera en las raleadas filas de los escritores del período literario que estudiamos.

ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO

Los escasos datos que tenemos de la vida de Alonso de Góngora Marmolejo, uno de los primeros y más interesantes escritores del período de la Conquista, se deben a las noticias que él mismo consigna en el prefacio y en el texto de su *Historia de Chile*. Natural de Carmona, en Andalucía, Góngora Marmolejo pasó a las Indias en el año 1505 y acompañó más tarde a Valdivia en su segunda expedición al reino de Chile. Aquí vivió hasta las postrimerías del siglo, calculándose que murió el año 1576, poco después de haber terminado la redacción de su libro.

El interés de su relato reside en cierto ingenuo y rudo realismo del lenguaje, en la imparcialidad de sus palabras y en la dignidad severa con que juzga a los hombres y a los hechos de aquella época. En realidad, no es cosa de engañarse con este cronista. Recto y filudo como una espada, cuenta sus impresiones sin eufemismos ni medias tintas. Valdivia, Villagra, García Hurtado de Mendoza, Rodrigo de Quiroga, etc., gobernadores y capitanes insignes de la Con-

quista y de la Colonia, pasan por las páginas del libro vistos sobria y directamente tales como ellos eran.

La semblanza hecha por este cronista de Valdivia, a raíz de su muerte después de la batalla de Tucapel, impresiona por su concisión y trazo certero. Es una miniatura literaria digna de una antología exigente: "Este fué el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! ¡Un hombre como éste, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros! Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta más es para más bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que después de haberlos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navío y se fué con él al Pirú, que fué Dios servido y permitió que por aquel camino que quiso ser señor, por aquel perdiese la vida y estado".

"Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura pequeño, llamado Castuera, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacía mercedes graciosamente. Después que fué señor rescebia gran contento en dar lo que tenía: era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y de beber bien: afable y humano con todos; mas tenía dos cosas con que escurecía todas estas virtudes, que aborrecía a los hombres nobles, y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fué dado" (16).

(16) Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, Colección de Historiadores de Chile, tomo II, pág. 39.

Góngora Marmolejo es más soldado que escritor. Se entusiasma ante el espectáculo cotidiano de la guerra, la que describe con fruición. Minucioso, detallista, sigue el ir y venir de los soldados hasta en sus más mínimos actos por los campos de batalla. Diríase que el escritor está en su verdadero medio, en su centro grato y cordial. He aquí como nos describe la batalla librada por Valdivia en el valle de Andalién: "Los cristianos viéndose acometidos por todas partes, que sospechosos de lo que podía ser estaban armados y muy en orden para lo que les sucediese, luego que se tocó el arma se juntaron; y como los indios con ánimo de tomallos desapercibidos se metieron tanto, fué un hermoso recuento y batalla para de noche, porque oír a los indios la orden que tenían en acaudillarse y llamarse con un cuerno (por él entendían lo que habían de hacer) y como sus capitanes los animaban y las muchas cosas que les decían. Y como la noche era serena y quieta poníanse gran temor los unos a los otros. Por parte de los cristianos era cosa brava oír el estruendo de los caballos, el gran sonido de las trompetas, las voces que Valdivia les daba animándolos rompiesen en los indios; parecía que allí se les acababa el mundo" (17). Le queda tiempo al cronista-soldado para contar los muertos y decir, no sabemos si con ingenuidad o ironía, las siguientes palabras sabrosas y chispeantes: "Murieron en esta batalla más número de tres mill indios, de los cristianos no murió más de uno, que por desgracia un soldado tirando a los enemigos, como era de noche, le dió un arcabuzazo por las espaldas de que murió. Era este soldado tan alto que su mucha estatura lo mató; porque fué la herida en lo que sobraba de los hombros arriba. De todos los demás españoles, de los capitanes y soldados, no quedó ninguno que no saliese herido" (18).

La página en que Góngora Marmolejo refiere los preparativos que hizo don García Hurtado de Mendoza para regresar a Lima y transcribe las palabras de despedida que dirigió a los vecinos de Concepción son dignas de conocerse. Hay en ellas emoción humana de

(17) *Obc.*, pág. 21.

(18) *Obc.*, pág. 22.

buena ley. Una vez que los tuvo juntos en una sala grande, "desto-
cándose", les peroró con sentido acento de jefe: "El marqués mi
padre me envió a este reino como a gobierno que estaba a su car-
go, hasta que su majestad otra cosa mandase, y por más serville
me quise ocupar, como vuestras mercedes han visto, en paz y en
guerra en todo aquello que en general se ha ofrecido, gastando mi
edad en cosas virtuosas, como es poblar ciudades, quietar esta pro-
vincia. Siendo Dios servido conforme a mi deseo, darme buenos su-
cesos para ampliar este reino, pues de mis trabajos ha resultado te-
ner vuestras mercedes remedio en sus casas y principio para ser ri-
cos, de que yo me huelgo infinito, aunque no saco desto bara-
to, sino haber gastado lo que traje del Pirú mío, y lo que mi pa-
dre me dió, que con ello, y con lo que después me envió, pu-
diera ser rico: me huelgo en gran manera salir de Chille pobre,
pues todos vieron la casa que traje cuando en este reino en-
tré, y la que agora tengo; y saber que no lo he vendido, sino que
lo he dado, y mucha parte dello gastado para sustentarme; y que vi-
ne mozo, y agora parezco diez años de más edad que la que tengo;
y es cierto que si a Chille no hubiera venido, y me estuviera en el
Pirú, tuviera más de doscientos mill pesos, con que pudiera en Cas-
tilla comprar más de diez mil ducados de renta. Esto creo bien lo
conocerán todos ser así, pues en verdad que pueden vuestras mer-
cedes creer que siento tanto salir de esta ciudad, como cuando sa-
lí de casa de mi padre para venir al Pirú, por tener conocidos a
todos, unos por amigos, y a otros por aficionados: quisiera no ir a
Santiago, más conviéndeme desde más cerca tratar y, comunicar con
mi padre dé orden en mi remedio con su majestad, pues le he servido
como todos han visto. Es el mandar tan envidioso de suyo, y todo
gobierno presente tan odioso, que aunque en esta tierra tengo mu-
chos amigos, sé que tengo más enemigos; pero con verdad ninguno
dellos dirá que me he hecho rico en Chille; a mí ni a mis criados
he enriquecido, antes algunos amigos míos, por seguirme gastaron
sus haciendas, y se han quedado sin ellas, y yo no he podido dalles
otras, ni tengo de qué recompensalles como yo quisiera". Y en lo

último les dijo: "Enternézcome tanto que no puedo decir lo que quisiera" (19).

Documento histórico de un valor inapreciable, no está exenta la crónica de Marmolejo de calidades literarias, si no opimas, por lo menos fáciles y asequibles al espíritu del lector transigente. A veces su pluma orilla la expresión artística selecta como cuando dice que la casa de Rodrigo de Quiroga era hospital y mesón de todos los que lo querían o cuando describe a Chile, en el comienzo del libro, diciendo que "es de la manera de una vaina despada angosta y larga". Son momentos de entonación, desgraciadamente, escasos.

Falta una nota en la cuerda del escritor: el paisaje. Caso similar a los poemas de gestas con que se inicia la literatura española, este escritor, impregnado su espíritu del hálito bélico de la época, sólo ve a los hombres, no tiene ojos para mirar y admirar el exuberante paisaje chileno.

Sería vana e inútil tarea buscar en las páginas de la *Historia de Chile* de Marmolejo, una alusión auténtica sobre nuestra tierra. Es el defecto inherente a los escritores del período de la Conquista. Son soldados de pie a cabeza, hechos y derechos, temperamentos viriles, contrarios a toda afectación o prurito literario, y enemigos, por tanto, de describir cascadas de aguas o las policromías de una puesta de sol, noble tarea en la que más tarde brillará el padre Ovalle.

El libro termina con una crítica acerba y amarga contra el gobernador Bravo de Saravia. Es la única queja del autor que hemos encontrado a través del relato. Viejo, cansado, Marmolejo buscó el reposo en un cargo fácil, el de protector de indios, que pidió al gobernador del reino. Creía merecerlo por sus dilatados servicios prestados a la corona y reclamábalo para salir de la miseria. Con dolorosa sorpresa comprobó nuestro cronista que el cargo lo obtuvo un favorito del doctor Bravo de Saravia, don Francisco de Lugo, "mercader,

(19) Obc., págs. 90-91.

hombre rico, y que al rey jamás había servido en cosas de guerra en Chile”.

PEDRO MARIÑO DE LOBERA

Pedro Mariño de Lobera, el autor de *La Crónica del Reino de Chile*, es uno de los escritores más interesantes del período de la Conquista. Pasó este soldado a Chile el año 1551 y aquí vivió cerca de cincuenta años entregado al rudo ejercicio de las armas. Sufrió las penalidades inherentes al ambiente guerrero de aquella época sin alcanzar en su vejez el premio que merecía por sus servicios prestados a la corona. Lobera disfrutó algún tiempo de dos extensas encomiendas, la primera en Concepción y la otra en La Imperial, pero le fueron quitadas por orden de Francisco de Villagra un día sombrío y doloroso para el cronista-soldado. Esta medida hizo profunda mella en su espíritu. Estaba viejo y había luchado como hombre en innúmeras batallas contra los indios. Lobera se trasladó a Lima el año 1594 y allí murió sin haber tenido éxito en su demanda ante la Real Audiencia para que las tierras usurpadas le fueran devueltas.

La estada en Lima del cronista-soldado tiene especial interés para el historiador literario. Allí conoció al fraile jesuíta Bartolomé de Escobar, a quien le iba a corresponder una activa participación en la redacción del libro. Lobera se reconocía a sí mismo mal escritor, pero no ignoraba el valor histórico de su grueso manuscrito. Era necesario darle forma y estilo para que anduviese por el mundo de las letras sin mengua ni menoscabo. Delegó esta tarea en el fraile Escobar, el que agregó a la *Crónica* algunos datos olvidados por él y algunos milagros anidados en su mente de sacerdote.

La *Crónica del Reino de Chile* narra hechos acaecidos durante todo el siglo XVI. Puede seguirse a través de sus páginas las guerras del período de la Conquista, el ir y venir de los principales jefes españoles e indígenas, y múltiples aspectos interesantes de la vida colonial. Está escrita en prosa ruda, sin afectación, atendida a la reali-

dad de los hechos, como escribe el conquistador. Es imparcial, veraz, caudalosa y rica en datos concretos de todo orden.

El afán de oro del conquistador, sus menudos intereses y accidentes, el mesianismo social que lo domina, los ha visto Lobera con certeza. He aquí las palabras que habría dirigido Almagro a sus huestes, instándolas a regresar al Perú: "Bien habéis oído las malas nuevas que por esta carta se significan de que en el reino del Perú se va rugiendo negocios de alzamiento... Veo que el marqués don Francisco Pizarro ha quedado con poca gente para resistir al excesivo número de los naturales del Perú y que socorro de otra parte no hay que esperarse si nosotros no le damos... Los motivos que por cualquier parte se consideran ayudan a este intento; ahora se mira lo que dejamos, ahora lo que pretendemos. Porque si se repara en las cosas de por acá no es mucho lo que se deja, pues hasta ahora no hemos topado aquellos montes (como dicen) de oro que nos prometían: ni aún lleva talle de hallarse en adelante; ni tampoco volvemos frustrados de nuestra pretensión, pues gran parte della ha sido descubrir cuáles sean estas tierras con todo lo que hay en ellas" (20). Puede discutirse la autenticidad de este discurso, pero en ningún caso podrá negársele la gracia realista que él tiene. Lobera describe las batallas entre españoles e indígenas con vívidos colores y patético realismo. Entre estos cuadros bélicos nos parece insuperable la famosa batalla que libró Pedro de Valdivia en Arauco, cuando fué a descubrir aquellas tierras. La cita será larga, pero es digna de leerse: "Ya que los dos campos estaban aprestados para pelear, acordaron los enemigos de dar la batalla de noche pareciéndoles que desta manera eran ellos mejores: y así acometieron con bravo ímpetu a los nuestros: los cuales no fueron perezosos en salirles al encuentro, todos a caballo con lanzas y adargas; donde se trabó la batalla, de tal suerte que parecía día de juicio; así por la vocería de ambas partes como por el estrépito de las armas, y ruido de los furiosos golpes que sonaban. Anduvo de esta suerte la

(20) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 35.

cosa poco rato con grandes ventajas de parte de los enemigos, porque los caballos de los nuestros estaban mui tímidos con la noche y no osaban arrojarse, antes hacían traición, volviendo el cuerpo a cada paso. Comenzaron a desmayar con esto los cristianos, y retirarse poco a poco. El gobernador como hombre esperto e industrioso dijo en alta voz: vergüenza, vergüenza de españoles; hablando cuatro palabras según la premura del tiempo y lugar, mandó que a toda priesa se apeasen todos y peleasen a pie hasta morir o vencer... Grande rato de la noche anduvo la batalla con espantosa furia y sin aflojar punto de ninguna parte. Y aunque el capitán Valdivia echaba de ver la multitud de cuerpos muertos que estaban por el suelo y entendía ser de enemigos como lo eran; con todo eso mandaba a los españoles que matasen cuantos más pudiesen para que de aquella vez quedasen escarmentados. Y así cada cual procuraba esmerarse en echar apriesa indios por tierra sin perdonar lance que le viniese. Acabo de grande rato comenzaron los indios a aflojar así por el cansancio como porque veían la destrucción que en ellos se iba haciendo; la cual se echaba de ver por la diferencia que hallaban en el suelo en que andaban peleando pues de campo raso se había tornado en escabroso barranco con los cuerpos muertos, y no menos resbaloso con la sangre que iba dellos y de los heridos... A este ímpetu pudieron resistir muy mal los bárbaros porque tenían ya perdido el ánimo, y veían notable merma de su jente, así por los que se habían muerto, como por haberse huído muchos por diversos rumbos, y así comenzaron a flaquear y aún a descubrir su flaqueza todos juntos. Animó su desánimo a los españoles a echar el resto en pelear, apurando a los apurados e hiriendo más a los heridos hasta hacerles dar la hiel, como dicen... Entonces el gobernador viendo declarada la victoria mandó tocar las trompetas a recoger, y postrándose en el suelo dió con los suyos gracias a Dios por tan insigne victoria, aunque brevemente por no detenerse en seguir a los enemigos, como se hizo luego entrándose por aquel camino que ellos iban habriendo: el cual se iba regando con sangre de los heridos, así en la batalla como en los mismos árboles, y

espinos por donde iban rompiendo; y muchos que iban huyendo con heridas mortales se iban cayendo muertos en la huída. Este fué el fin de la batalla que como testigo de vista que se halló en ella, y peleó entre los demás que se han dicho, testifica el autor haber sido una de las más memorables que en el mundo se han visto" (21).

Las palabras que Lobera dedica a Valdivia, el hombre alto y cimero de esta época, son tan duras y ásperas como las que le dedicó Góngora Marmolejo. Dice de él que fué "un hombre de suerte", "un soldado de capa y espada".

El cronista critica el espíritu fastuoso del conquistador que se ha enriquecido. Este deseó el oro, pero para gastarlo en seguida, para darse aires de gran señor. No asomó por su espíritu el sentido de la verdadera economía tal como ya existía por aquella época en Inglaterra y en Francia. La severa admonición de Lobera tiene una curiosa y quemante actualidad. El indio Michimalongo, a poco de ser hecho prisionero por Valdivia, condujo a éste a las minas de Margamarga donde encontró claros indicios de haber mucho oro: "No se puede explicar el regocijo y júbilo de los españoles cuando vieron tales insignias, y como si ya tuvieran el oro en las bolsas ninguna cosa parecía faltarles, ni les daba cuidado sino era pensar si había de haber tantos costales y alforjas en el reino que pudiesen echar en ellos tanto oro, y así se comenzaron a engreír, y ensanchar en gran manera teniendo ya más altos pensamientos, como jente rica entendiendo que en breve tiempo irían a España para hacer mayorazgos, y aún condados, y torres de oro, comenzando desde luego a hacerlas de viento" (22).

El padre Escobar agregó de su cosecha hechos y observaciones fuera de los anotados por Mariño de Lobera en su *Crónica del Reino*. Su cultura y condición de sacerdote lo hace criticar acerbamente y con indignación el trato que el español dió al indio en las minas, lavaderos de oro, servidumbre y otras labores. Dice en una

(21) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, págs. 112, 113 y 114.

(22) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 54.

de las muchas ocasiones en que da rienda suelta a su irritación de hombre justo: "Verdaderamente todas las veces que me viene a las manos semejantes hazañas que escribir, me parece que esta jente que conquistó a Chile por la mayor parte della tenía tomado el estanco de las maldades, desafueros, ingratitudes, bajezas y exorbitancias" (23).

En cuanto al indio se refiere, Lobera los idealiza a su manera cada vez que la ocasión se le presenta, especialmente en los discursos que pone en labios de insignes caciques, los que piensan y razonan como hombres de elevada cultura. La peroración del indio Albaa antes de morir a manos de los españoles es de la manera que hemos indicado: "Mira, señor gobernador —dijo dirigiéndose a Valdivia—, si tú quieres ponerme de delito el que nosotros cometimos en matar a los que dices: haz lo que quisieres, que tu día es éste; pero yo no sé por qué razón debas tú calificar por maleficio el defender nosotros a nuestras mujeres, hijos y haciendas de tan manifiestos tiranos como los que allí vimos a nuestros ojos. Por cierto, señor, nosotros no acabamos de entender estas marañas de muchos de vosotros que no hacéis sino ponderar que es buena lei de Dios: decís a los indios que ella manda que ninguno robe ni sea traidor, ni tome las mujeres ajenas, ni haga mal a nadie, y por otra parte vemos que los más de vosotros hacéis todo lo contrario; mas cuando ya dejásemos apartado esta lei y solamente se mirase la razón natural, no sé yo cómo tú quieres justificar el partido de los robadores, de haciendas y mujeres; mas siendo tan manifiestos y desvergonzados como éstos de que tratas. Yo te certifico, señor, que estuvimos largo rato a la mira para ver lo que buscaban, y si buenamente nos pidieron de lo que teníamos para vuestro sustento, se lo diéramos liberalmente. Pero si los vimos entrar como lobos carniceros haciendo estragos por nuestras casas y llevándonos nuestras mujeres por fuerza qué habíamos de hacer? juzga tú mismo si nos tuvieras por hombres el día que nos vieras estar mano sobre mano a la mira de tan atroz maldad. ¿Qué lei hay

(23) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 117.

en el mundo que nos obligue a ver estas cosas a nuestros ojos y callar? habiendo nosotros sido libres, y todos nuestros antepasados sin que en todos estos reinos haya memoria de que en algún tiempo hayan estado nuestros progenitores sujetos a nadie; y aún más te digo, señor, que si tu misma persona se hallara en aquella insolencia que hicieron los hombres que enviaste, que sin guardarte el respeto, que se te debe hiciéramos lo mismo contigo que con los demás, y lo harán siempre todos estos naturales hasta perder las vidas en la demanda, pues está tan declarada la justicia de nuestra parte; y a esto puedes estar persuadido y hacer corazón ancho, y sabe que esta ha sido la causa de que hayamos venido sobre esta ciudad: porque tememos con razón que en dejando a los españoles hacerse fuertes en nuestra tierras, somos más cautivos que los negros como lo muestra la experiencia en cualquier lance que se ofrece. Por tanto, señor, has lo que quisieres, que el morir yo por una cosa como esta no me da pena, ni aún tú tienes mucho de que gloriarte dello" (24).

Sería tarea vana buscar en las páginas de la *Crónica*, alguna alusión auténtica sobre el paisaje. Este escapó de los ojos de Lobera así como había escapado antes a los ojos de Valdivia y Góngora Marmolejo.

PEDRO DE VALDIVIA

Pedro de Valdivia nació en Castuera, pueblo de Extremadura, en 1499 ó 1500. Fueron sus padres don Pedro Oncas de Melo y doña Isabel Gutiérrez de Valdivia. Peleó como soldado en las batallas de Flandes, Milán, Marsella y Pavía defendiendo la real corona de Carlos V. Casó en Zalamea a los veinticinco años de edad con doña Marina Ortiz de Gaete.

El espíritu de aventura unido el deseo de alcanzar fama y gloria impulsó a Valdivia a trasladarse a las Indias. Llegó a Venezuela el año 1535 sin más bagaje que una capa y una espada. Después de

(24) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 121.

permanecer un corto tiempo en ese país siguió viaje al Perú donde prestó valiosos servicios al marqués Francisco Pizarro.

La suerte trató bien al soldado aventurero en el Perú. Se hizo famoso por su coraje y condiciones de estratega. Pizarro lo premió con una extensa encomienda en el valle de la Canela y unas ricas minas de plata en el cerro de Porco.

Estos bienes no aquietaron su alma henchida de ensueños de grandeza. El deseaba no sólo riquezas sino también honores. Fijó su mirada en Chile, la tierra que había infamado Diego de Almagro. En medio de la sorpresa de Pizarro, capitanes y compañeros de armas, solicitó la autorización necesaria para llevar a cabo la expedición, la que le fué otorgada por el marqués.

Valdivia salió de la ciudad del Cuzco en enero de 1540 y llegó a Santiago en febrero de 1541. Lo acompañaba un pequeño puñado de hombres y una mujer, doña Inés de Suárez, encadenada a su vida por los lazos de un amor poderoso. En estas tierras debió hacer frente a innumerables dificultades y vicisitudes para someter al rebelde pueblo indígena, sofrenar los intentos sediciosos en las filas de los propios españoles y para cumplir la urgente tarea de vivir. Los historiadores han dado cuenta minuciosa de todos los accidentes que sufrió el capitán extremeño en Chile.

Pedro de Valdivia fundó ciudades, repartió encomiendas entre sus soldados, mató a indios, explotó las minas y lavaderos de oro. Hizo lo que le correspondía hacer a un jefe de armas. Sus *Cartas* constituyen el itinerario de las fatigas, sacrificios y combates que padeció en el reino de Chile y el itinerario también de sus sueños de hombre. Deseaba el título de gobernador del reino emanado de la corona o del virrey del Perú y dejar memoria de él a la posteridad. Es un típico representante del Renacimiento.

No es difícil advertir en las *Cartas* que dirigió a Carlos V el tono meloso y recargado del peticionario preocupado de que se le haga justicia y de que se premie sus sacrificios. Sus palabras tienen un patético relieve cuando revela al rey sus sentimientos más íntimos: "Como esta tierra estaba tan mal infamada, como he dicho, pasé mu-

cho trabajo en hacer la gente que a ella truxe, y toda la acaudillé a fuerza de brazos de soldados amigos que se quisieron venir en mi compañía, aunque fuera perderme, como lo pensaron muchos, y por lo que hallé prestado para remediar a los que lo hobieron menester, que fueron hasta quince mill pesos en caballos, armas y ropa, pago más de sesenta mill en oro y el navío y gente de socorro que me truxo mi teniente. Debo por todo lo que se gastó ciento y diez mill pesos, y del postrero que vino me adeudé en otros sesenta mill, y están al presente en esta tierra doscientos hombres que me cuesta cada uno más de mill pesos puesto en ella; porque a otras tierras nuevas van por la buena fama a ella los hombres y desta huyen todos por la mala en lo que la habían dexado los que no quisieron hacer de ella como tales; y así me ha convenido hasta el día de hoy para la sustentar, comprar los que tengo a peso de oro, certificando a V. M. que no tengo de toda esta suma que he dicho action contra nadie de un solo peso para en descuento della, y todos los he gastado en beneficio de la tierra y soldados que la han sustentado, por no poderseles dar aquí lo que es justo y merecen, haciéndoles de todo suelta; y haré lo mismo en lo de adelante, que no deseo sino descubrir y poblar tierras a V. M. y no otro interés, junto con la honra y mercedes que será servido de me hacer por ello para dejar memoria y fama de mí, y que la gané por la guerra como un pobre soldado, sirviendo a un tan esclarecido monarca, que poniendo su sacratísima persona cada hora en batallas contra el común enemigo de la cristiandad y sus aliados, ha sustentado con su invictísimo brazo y sustenta la honra della y de nuestro Dios, quebrantándole siempre las soberbias que tienen contra los que honran el nombre de Jesús.

“Demás desto en lo que yo he entendido después que en la tierra entré, y los indios se me alzaron, para llevar adelante la intención que tengo de perpetuarla a V. M. es en haber sido gobernador en su real nombre para gobernar sus vasallos, y a ella con abtoridad, y capitán para los animar en la guerra, y ser el primero a los peligros, porque así convenía; padre para los favorecer con lo que pude, y dolerme de sus trabajos ayudándoselos a pasar como hijos, y amigo

en conversar con ellos; jeométrico en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sementeras; mayoral y rabadán en hacer criar ganados; y en fin poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor. Y por todo esto si merezco tener de V. M. el abtoridad que en Real nombre me ha dado su Cabildo y vasallos, y confirmármela de nuevo para con ella hacerle muy mayores servicios, a su cesárea voluntad lo remito" (25). ¿No encierran estas palabras el hondo complejo espiritual de Valdivia, su preocupación porque se le nombre gobernador del reino y su franco deseo de lograr fama para él y sus descendientes? Se siente a través de ellas el rumor de su corazón y se vislumbran los lejanos espejismos de su ambición ilimitada.

La gloria fué uno de los ideales señeros del alma del conquistador extremeño. El cronista Mariño de Lobera ha contado que a galope sobre su caballo fundó la ciudad de Valdivia bautizándola con su nombre. El mismo, por su parte, en carta dirigida a Hernando Pizarro, ha dicho las razones que tuvo presente para darle título a esta tierra y a Santiago. "Aquí poblé esta ciudad en nombre de S. M. y llaméla Santiago del Nuevo Extremo —dice— a XXIV de febrero de 1541, y a toda la tierra y que demás he descubierto y descubriré la Nueva Extremadura por ser el marqués della y yo su hechura" (26). En ningún instante desmienten las *Cartas* el egocentrismo ronco del jefe de la conquista de Chile.

La tierra chilena se le fué pegando al corazón del rudo capitán aventurero lenta e insensiblemente. En diversos acápites de sus *Cartas* tiene palabras de alabanzas para esta lejana colonia de la metrópoli. Son las suyas palabras impregnadas de amor puro por la nación que su esfuerzo ha forjado. No hay nada mejor en el mundo para vivir y perpetuarse que Chile. Es fértil, tiene minas de oro riquísimas, su clima no tiene igual, es un regalo para el hombre. "Diríase que Dios la creó a posta para tenerlo todo a mano". En

(25) Pedro de Valdivia, *Cartas*. Edición facsimilar dispuesta y anotada por José Toribio Medina, Sevilla, MCMXXIX, págs. 39 y 40.

(26) *Obc.*, pág. 55.

momentos de extrema angustia el acento de Valdivia tórnase patético y elocuente. La empresa conquistadora es su destino, la cifra de su vida. "Si tuviera patrimonio para vender y salir con esta empresa y servir a su majestad —escribió a Hernando Pizarro— no solamente lo hiciera, pero empeñara la mujer para ello, pudiendo la honra quedar satisfecha" (27).

Fué Valdivia un hombre de altas dimensiones humanas, poseso de gloria y nombradía social. Valdivia gastó en Chile la energía vital correspondiente a muchos hombres normales. Padre de un pueblo, él echó la primera semilla fecunda. La arista fundamental de su alma es su egocentrismo enhiesto y sin sombras. Sus *Cartas* tienen para nosotros el valor de un documento humano de primer orden. En ellas vemos a Valdivia de cuerpo entero, figura de hondos relieves, sobre el fondo de Chile que fué su segunda patria.

LITERATURA DE LA COLONIA

La Conquista señaló un período bien característico de nuestra historia, período de guerras incruentas y de afanes de gloria vivos y enhiestos en el alma de los soldados y capitanes que pasaron a tierras chilenas. En seguida advino otra etapa de contornos distintos en la que el hombre se asentó en el terreno conquistado y estabilizó con fines sociales. Este nuevo período histórico es el que nosotros llamamos la Colonia que abarca los siglos XVII y XVIII. La Colonia tomó cuerpo en Chile el año 1557, con la llegada de García Hurtado de Mendoza. Creemos no equivocarnos si afirmamos que este jefe de la conquista anunció un nuevo tipo de vida en nuestro país.

Las características culturales del período colonial constituyen un apretado hato de formas y motivos históricos que estimamos útil conocer sucintamente.

1.º *Presencia del estado español en Chile.*—Los capitanes de las

(27) Obc., pág. 69.

empresas conquistadoras sintieron al poco tiempo de haber puesto pie en tierras americanas el deseo de establecerse en ellas como sus dueños y señores. América era el destino del conquistador español. Pronto procuraron legitimar las conquistas estableciendo contacto jurídico con la metrópoli. Las palabras con que Valdivia habla a Carlos V revelan el estado de su espíritu unido con firmes garfios de amor a estas tierras, teatro de sus esfuerzos y desvelos. Recarga en ellas la nota patética, tienen el valor de verdaderos memoriales de servicios prestados a la corona.

Con la llegada a Chile de García Hurtado de Mendoza se incorpora el estado español en el reino. Este jefe conquistador trae provisiones que lo acreditan legítimo gobernador. El hijo del virrey del Perú tiene clara conciencia de esto y es así como procede en Chile en forma enérgica y arbitraria sin respetar los repartos de encomiendas hechos por Villagra o por Valdivia. Los cronistas Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera han dejado testimonio en sus libros del fenómeno enunciado. Después de fundar la ciudad de Osorno, don García siguió viaje hasta Valdivia. He aquí lo que hizo: "Y estando en Valdivia hasta la Pascua de Flores del mismo año, dió orden de repartir las encomiendas de la misma ciudad de La Imperial, poniéndolas en cabeza de las personas que pareció más beneméritas a juicio de los cuatro consultores que para esto había diputado, como se ha dicho al principio de este capítulo removiendo algunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagra; por haber sido gobernador electo sin autoridad real, ni nombrado por alguno de los visorreyes del Perú, sino por sólo los cabildos del reino. Y así habiendo consultado esto con personas graves y habido resolución en que no eran válidas las dichas encomiendas, hizo nueva distribución sin atender quienes eran poseedores, sino solamente quienes eran merecedores" (28). Es la autoridad ejercida en el reino con clara conciencia de su legitimidad y prestigio. Instructivas en alto grado son las palabras despiadadas que habría pronun-

(28) Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile*, libro II, págs. 232 y 233.

ciado a los viejos soldados conquistadores: "Luego mandó se juntasen todos los que andaban en el campo que les quería hablar, puesto en frente de los que cupieron en el aposento, les dijo entendiescen de él que a los caballeros que del Pirú había traído consigo no los había de engañar, y que les había dar de comer en lo que hubiese; porque en Chile no hallaba cuatro hombres que se le conociese padre; y que si Valdivia los engañó o Villagra que engañados se quedasen; y en el cabo de su plática les dijo: "En qué se andan aquí estos hijos de las putas?" (29).

La presencia del estado español en Chile es un hecho de trascendencia histórica. Puede decirse que de él derivan las distintas formas que revistió la vida española en esta tierra durante los siglos XVII y XVIII. España volcó todo su contenido cultural en la sociedad de la época y ésta sólo fué vaso o receptáculo que la contuvo.

2.º Predominio del sacerdote y del letrado sobre el soldado conquistador.—Con el advenimiento del estado en el reino de Chile, se produce también un fenómeno social importante: el contenido de clase de la Colonia muy distinto y opuesto al de la Conquista. El soldado aventurero se vió insensiblemente desplazado por un nuevo tipo de hombre: el sacerdote y el letrado. Contribuyeron a este hecho la creación de la Real Audiencia el año 1590, la llegada de distintas órdenes religiosas, como ser, los mercedarios que fundaron su iglesia en Santiago en 1566, los franciscanos, los jesuítas que llegaron al país en 1593, los dominicos, etc., y los gobernadores venidos directamente de España. Estos hombres entraron a predominar en la vida social de la época y bien pueden ser considerados los verdaderos directores de sus modalidades y formas de convivencia. El gobierno, la justicia, la educación, están en sus manos. El fenómeno histórico que inició García Hurtado de Mendoza se afianzó con el nombramiento hecho por Felipe II de los tres oidores enviados a dirigir el gobierno del reino.

(29) Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile*, pág. 80.

El cambio del mando social no se realizó sin producir escozores hondos en el alma del soldado. He aquí un cuadro en que se describe con crudo realismo la pugna entre el letrado que crece y el soldado que descende en sus funciones sociales. Habla Mariño de Lobera: "Llegados los dos oidores de Chile pusieron su tribunal en la ciudad de Concepción por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las ceremonias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal adonde llevaron el sello real en un caballo ricamente aderezado, y debajo del palio como es costumbre allí y lo recibieron los oidores con el aparato y gravedad que para tal caso se requería. A todo esto estuvo Quiroga (Rodrigo de) en el suelo y en pie entre los demás no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona, no faltando quien le estuviese incitando a que no pasase por ello y persuadiéndole a volver por sí, ya que Su Majestad gustaría de ello; pero él como hombre cuerdo no quiso hacer otra mudanza más de irse a su casa, saliéndose de allí con algunos amigos suyos. Otro día yendo los oidores a la iglesia mayor acompañados a misa solemne de todo el pueblo, llegaron algunas personas a suplicarles señalasen lugar honroso a Rodrigo de Quiroga, pues acababa de ser gobernador y era razón hacer caudal de su persona; a lo cual respondieron que se podía sentar en un banco con el corregidor adonde mejor le pareciera" (30).

Del factor analizado derívanse consecuencias notables para el destino de las letras. Ahora se escribe lejos de la guerra, con el corazón en calma. Sacerdotes como Ovalle, Molina y Rosales, hombres cultos como Pineda y Bascuñán y Santiago de Tesillo, toman la pluma y hacen su comentario de los hechos y cosas de esta tierra empapados en el complejo ambiente de la Colonia, y con criterio y sentido artístico, por añadidura. Son hombres cultos y pueden hacerlo. Hay escuelas y bibliotecas creadas por el fervor sacerdotal y hay iglesias donde refrescar el espíritu férvido de los creyentes.

(30) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 308.

La Conquista con toda su esencia guerrera no se ha ido definitivamente del país, pero ya no ocupa el primer plano de la vida histórica. Está encajonada en las regiones aledañas al Biobío.

3.º *Extinción del indio. Formación de la raza chilena y de la vida colonial.*—El soldado conquistador pretendía, como ya hemos visto, hacerse rico en América. Su espíritu aventurero y mesiánico eligió en esta tierra la profesión más en armonía con sus complejos espirituales. Se hizo minero. Las labores agrícolas no le interesaron sino en la medida en que eran necesarias para el sustento diario. Su espíritu anticapitalista lo incapacitó para crear verdaderos núcleos de trabajo y jamás pensó en utilizar el indio con fines de colonización. Por el contrario, procuró su exterminio, explotándolo de sol a sol en las minas y lavaderos de oro o dándole muerte en las batallas de todos los días. Es así como ya al final del siglo XVI el indio, si no había desaparecido, contaba un escaso número en la vida colonial.

Vemos en este hecho una de las formas culturales de la Colonia más trascendentales. Faltó ahora al español la mano de obra, la fuerza creadora de trabajo. Los españoles y mestizos eran pocos para explotar en vasta escala la riqueza minera del territorio. Se trajo a negros esclavos, pero éstos no se adaptaron al suelo chileno, murieron víctimas del alcohol o la tuberculosis. El español se vió obligado a buscar otras fuentes de vida y dirigió su mirada a la tierra concentrando su interés en la agricultura. De minero que fué durante la Conquista devino agricultor. Esto significa que el espíritu de la economía española del siglo XVI experimenta un cambio profundo en los siglos XVII y XVIII. La tierra atrajo hacia sí al español y éste terminó por echar raíces en ella. Las relaciones del conquistador y el indio que habían sido en un principio de amo a siervo, se convierten ahora en patriarcales. El resultado de todos estos hechos fué la lenta formación de la raza chilena.

Entraña la característica anotada una de las formas objetivas más típica de esta época. Con la radicalización del español en tierra chilena germina en el espíritu de los letrados un agudo deseo

de adentrarse en la vida del reino que poblaban. Miran sus valles, el paisaje de la zona central con exaltado cariño y entusiasmo. Alonso Ovalle, en el terreno literario, es el primer prosista de esta tierra y en su obra alternan tanto la rica sensibilidad que poseía como el bello espectáculo de nuestro paisaje. El padre Rosales incursiona en las tradiciones folklóricas del indio con sentido artístico e histórico del más alto valor. Son otros tiempos; la literatura también es otra.

La sociedad, por otra parte, se ve incrementada con un nuevo tipo de hombre: el criollo. Sus virtudes y defectos tampoco escapan al ojo vigilante de los escritores de la Colonia. Tanto Ovalle como Rosales y Vidaurre, especialmente este último, penetran con cierta intuición psicológica en su íntimo sentido humano.

4.º *Espíritu evangelizante del hombre de la Colonia.*—El espíritu exaltado y aventurero de los soldados conquistadores, movido únicamente por la desenfrenada pasión del oro, creó en América un ambiente cósmico de naturaleza esencialmente bélica. Nadie escapó a su influencia. Todos quieren crecer; nadie deja de matar. La realidad histórica tiene sus fatalismos y éste es uno. Es así como los pocos sacerdotes que pasaron a Chile en el período de la Conquista, sin quererlo, cambiaron la sotana por el sable y la espada. No podían hacer otra cosa. Sus individualidades estaban absorbidas por el complejo ambiente. Los ideales evangelizantes del estado español se ven frustrados en el comienzo mismo de su obra. Dice Lobera refiriéndose a un encuentro con los indios cuando la reedificación de la ciudad de Concepción: "Entonces se vieron perplejos los cristianos dudando si sería más acertado salir a los enemigos o guardarlos en el fuerte. Y estando en esta consulta dijo un caballero llamado Hernando Ortiz de Carabantes, que sería acertado meterse en un navío que estaba en el puerto, o por lo menos poner en él todo el bagaje y pelearse con determinación de que en caso de que les fuese mal, se recojiesen todos a la nave, pues eran tanto los enemigos. A esto respondió el clérigo Nuño de Abrego: Paréceme, señor, que ya estáis ciscado; de la cual palabra se picó el Hernando Ortiz

y le dijo: pues, padre, tener en cuenta con mi persona, y conoceréis como no lo hacía por mí sino por toda esta gente que está delante. Y la resolución de la consulta fué salir cincuenta de a caballo y oponerse a los contrarios quedando los demás en guarda de la fortaleza" (31).

El ardor de la guerra coge al fraile Nuño de Abrego: "Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles y llegó a tanto el tesón de los indios que vinieron a ganar la (sic) alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta; más por estar picados entre sí que para picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estrago en ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid, sin hacerle agravio" (32).

Es también elocuente el comentario que extractamos de la *Historia*, de Marmolejo, a propósito de las acciones guerreras que se sucedieron a la fundación de la ciudad de Santiago: "Considerando que pues no los habían podido desbaratar hasta allí menos lo harían viniéndole socorro y que les habían muerto trescientos indios y que peleaban tan valientemente viendo (los) golpes de lanzas y cuchilladas que les daban tan bravas, en especial un clérigo natural de San Lúcar llamado Lobo, que así andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas" (33).

El sacerdote de la Conquista se convirtió en soldado y no cumplió el papel que el estado español le asignó, por obra del ambiente cósmico y bélico en que actuaba.

A fines del siglo XVI este orden de cosas cambia radicalmente. La presencia en el reino de hombres cultos nombrados directamen-

(31) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 182.

(32) Pedro Mariño de Lobera, *Obc.*, pág. 183.

(33) Alonso de Góngora Marmolejo, *Obc.*, pág. 8.

te por la corona para servir la presidencia y gobernación de Chile, así como la llegada de sacerdotes jesuítas, mercedarios, franciscanos, etc., permitió a España cumplir en esta tierra su verdadero objetivo espiritual: la evangelización del indio.

La extraordinaria vitalidad económica y capacidad de absorción de los jesuítas, terminó, como sabemos, con su expulsión del reino en 1767. Pero ya lo habían hecho todo. La vida colonial, con o sin ellos, giraría en torno a la obra por ellos realizada.

Tanto Ovalle como Rosales han dejado claro testimonio del espíritu religioso de la Colonia. Las largas y abigarradas procesiones por las calles polvorientas de Santiago, el recargado formalismo de la vida en los cabildos, en la Universidad de San Felipe, etc., ponen una nota pintoresca en la vida colonial. La literatura se impregna de justicia y amor por al indio. Uno de los escritores más conspicuos de esta época, el padre Rosales, escribirá frases candentes, revolucionarias para su tiempo, criticando el abandono y el trato que el español, a pesar de todo, le da aún al indio.

5.º *Lenta formación cultural y carencia de vida espiritual propia.*—Se sabe que la metrópoli mantuvo a sus colonias ultramarinas enclaustradas económica y culturalmente. El paso de España a las Indias y de las Indias a España estaba sujeto a una rigurosa fiscalización impuesta por este espíritu y a disposiciones reales perentorias desde tiempo de los Reyes Católicos hasta Carlos III que coartaban la vida independiente de la Colonia y el libre vuelo del pensamiento. Se prohibió por real decreto escribir a los indios y que los colonos de América leyese lo que se dio en llamar libros de ficción, poesías, novelas, dramas, etc. La personalidad del hombre de la Colonia se estructuró de esta manera a imagen y semejanza del estado español. El ensayista Pedro Henríquez Ureña ha sostenido que el elemento indígena aportó también al español formas de vida y habilidades prácticas desconocidas por éstos (34).

En el siglo XVII se insinúa una débil colegiatura con la crea-

(34) Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Buenos Aires, 1949.

ción por los dominicos, jesuitas, mercedarios y agustinos de sendos colegios donde se enseñaron las primeras letras y en cursos más avanzados artes, teología y filosofía. Mayor trascendencia tienen las creaciones didácticas del siglo XVIII, como ser, la Real Universidad de San Felipe y la Academia de San Luis, obra del ilustre Manuel de Salas (35).

La vida de las ciudades, especialmente de Santiago y Concepción, está impregnada del espíritu emanado de la Contrarreforma. Las calles parecen llenas de sueño y silencio. Vida monótona y somnolienta es ésta, interrumpida, fuera de la guerra araucana, por la entrada de los gobernadores, por las frecuentes fiestas religiosas, por las competencias entre las diversas autoridades o estudiantes de la Universidad de San Felipe, hechos que interesaban a la sociedad entera y que constituían la única manifestación de la vida social. Más que vida era aquello un largo y obscuro bostezo de los espíritus.

La obra de España durante la Conquista y la Colonia en Chile, se completó eficazmente. En la Conquista arrasó casi totalmente con el elemento de color, quien devino en mestizo, y en la Colonia puso una lápida mortuoria sobre todas las posibilidades históricas que podrían emanar de una fuerte influencia racial indígena, si se hubiera establecido entre ambas culturas un pequeño nexo de continuidad. Con todo, en esta lejana región del mundo se formó un pueblo nuevo, que dió un sello especial a su vida, y por ende, a su cultura.

ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA

El autor de *La Araucana* es uno de los más grandes poetas épicos de la Edad de Oro y el Renacimiento europeo. Su nombre puede figurar, sin menoscabo alguno, junto al Tasso y Ariosto.

Nació Ercilla en Madrid el 7 de agosto de 1533. Fueron sus pa-

(35) Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago, 1939.

dres don Antonio García de Ercilla, natural de la villa de Bermeo, cabeza de Vizcaya, y doña Leonor de Zúñiga, natural de Nájera.

Huérfano en plena juventud debido a la muerte de su progenitor, su madre pasó a ocupar el cargo de guardacamás de doña María, infanta de España, gracias a elevados influjos y relaciones. Esta feliz circunstancia introdujo al joven en la vida de la corte y le permitió servir de paje al rey Felipe II a cuyo lado visitó Flandes e Inglaterra.

Ercilla poseyó una mediana cultura, proporcionada en la corte, siendo de notar entre los clásicos conocidos por él a Lucano, a Virgilio, al italiano Ariosto, acaso su autor favorito, a Garcilaso y a Boscán. No es difícil advertir en su obra el influjo de estos escritores. El episodio de la reina Dido inserto en la parte III de *La Araucana* demuestra que leyó *La Eneida*, de Virgilio. El léxico del poema contiene innumerables palabras extraídas de la Biblia. Su deuda con Garcilaso nos parece una de las más ostensibles. El hecho ha sido observado por Valbuena Prat y por Solar Correa. Nosotros lo reiteramos en esta ocasión enriqueciéndolo con mayores ejemplos:

... mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa.

(Canto XVII).

... cerca de un claro arroyo sonoro
que atravesaba el fresco y verde prado.

(Canto XVIII) (36).

(36) El lector de Garcilaso recordará versos muy semejantes a los anotados que figuran en la Egloga 1.^a:

... por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado

... ..

... por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa

... ..

Se encontraba Ercilla en Inglaterra desempeñando su cargo de paje, cuando llegó hasta allí la noticia de la muerte de Pedro de Valdivia. Tenía a la sazón 21 años de edad. El rey designó a Jerónimo de Alderete gobernador del reino de Chile con la misión de pacificarlo. Ercilla lo acompañó en el viaje dispuesto a luchar por la corona española. ¿Qué sentimientos impulsaron al joven soldado a una empresa que lo sacaba de una vida tranquila y placentera? Se han formulado varias hipótesis al respecto. Algunos autores sostienen que lo impulsó a las Indias el espíritu de aventura. José Toribio Medina sostiene que el viaje se debió a un desengaño amoroso. La verdad es que resulta en extremo difícil decidirse por una u otra de las hipótesis expuestas. Ercilla, como se sabe, manifestó en los primeros versos de *La Araucana* que no tocaría asuntos relacionados con la diosa Venus sino con el dios Marte. Esta promesa fué quebrantada por el poeta en largos pasajes del libro. El tema amoroso suplantó al tema bélico, luciendo Ercilla en él primores y gracias de artista delicado. Comprueban este aserto los episodios idílicos que protagonizan las parejas Lautaro-Guacolda (Canto XII), Crepino-Tegualda (Canto XX), Glauro-Cariolano (Canto XX), en los que hemos encontrado notas de un alto valor poético y emotivo. ¿Cuánto hay de subjetivo, de confesión personal en estos delicados versos? ¿Cuánto hay de moda, de emulación, de imitación al Garcilaso de las églogas o a la novela pastoril en boga por aquellos tiempos? No es fácil decidirse en este dilema. Por otra parte, Ercilla se nos presenta poeta sensible y acongojado en otros acápites del poema. Conviene advertir, de todos modos, que el largo ejercicio poético basado en la descripción de guerras, asaltos y muerte le hizo temer a don Alonso una reacción negativa del lector ante su obra. Por eso intercaló en el poema episodios extraños al tema central como la descripción de la batalla de San Quintín, la victoria de Lepanto, la cueva del mago Fitón, la leyenda de la reina Dido, etc. Sus vacilaciones y dudas, Ercilla las expresó con claridad en las palabras liminares dirigidas "Al lector" en la segunda parte de *La Araucana*: "Por haber prometido de proseguir esta historia —di-

ce— no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de *La Araucana* no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme” (37).

Más adelante vuelve Ercilla a lamentar el duro compromiso que ha contraído de ceñirse a la verdad en la narración de hechos exclusivamente bélicos:

*De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que dí (bien excusada)
de acabar este libro comenzado:
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terrón zumo.
¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras
tras las roncás trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores,
mezclando en las empresas y recuestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera
y dando gusto, yo lo recibiera?
¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odios, rencores, sañas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,*

(37) Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*, segunda parte, Santiago de Chile, MCMIII, pág. 261.

*rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades,
que al mismo Marte ya pondrán bastío
agotando un caudal mayor que el mío?*

(Canto XX).

¿Estas señales de incertidumbre que el poeta nos revela con respecto a la amenidad del relato, constituyeron el estímulo que tuvo presente en su ánimo para tratar el tema amoroso con la delectación que lo hizo? ¿Son sinceras las bellas estrofas en que juguetea el amor y el dolor? ¿Traducen ellas una pasión nunca apagada, la misma que lo trajo a América en un gesto de amante desengañado? José Toribio Medina ha sostenido esta hipótesis, la que aceptamos por las razones que da y por creer que se acerca a una realidad que se entrevé entre suaves penumbras (38).

Ercilla partió de Londres a España con Jerónimo de Alderete y de aquí zarpó a América el año 1554. El adelantado y gobernador de Chile cayó enfermo de calenturas y murió en Panamá el año 1556. Ercilla siguió viaje al Perú donde fué atendido y festejado por el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza. Su residencia en palacio le permitió tratar de cerca al hijo de éste y futuro jefe suyo en Chile, don García, mozo a la sazón de verdes años como nuestro poeta.

La expedición conquistadora partió del Perú, un grupo por mar y otro por tierra, el año 1557. A Ercilla le correspondió el honor de embarcarse en el mismo navío en que venía don García. Era una atención muy justificada para quien había sido huésped de su padre. Los soldados españoles recalaron en La Serena, donde los atendió el gobernador Francisco de Aguirre; después de permanecer un breve tiempo en esta ciudad, siguieron viaje a Talcahuano, puerto al que llegaron en junio, no sin haber sufrido en la ruta grandes peripecias.

(38) José Toribio Medina, *La Araucana, Vida de Ercilla*, MCMXVI, pág. 22.

El empuje de los araucanos impidió a las huestes de don García un pequeño reposo. Estaban decididos a defender su libertad con fiereza. *La Araucana* describe fielmente las batallas y escaramuzas guerreras y asaltos en que participó el poeta, como ser, Concepción, Millarapue, Cañete, etc. También es rico el poema en detalles sobre las exploraciones que se hicieron hasta el archipiélago de Chiloé, región remota que no fué hollada por las huestes de Valdivia. Como se sabe, Ercilla atravesó el canal de Chacao en una piragua y con orgullo individualista muy español, en la corteza de un árbol escribió la inscripción poética que dice:

*Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla que el primero
en un pequeño barco deslastrado
con sólo diez pasó el desagadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía.*

(Canto XXXVI).

Ercilla y sus compañeros abandonaron el archipiélago yendo a descansar a Villarrica. Aquí continuó la redacción de *La Araucana* y le ocurrió el grave y tan conocido accidente con su jefe. Los soldados aprovecharon el descanso para distraerse en juegos de cañas, correr sortijas y estafermos. Un día en que se realizaban estas fiestas —principio de julio de 1558— estando todo listo en la plaza, don García salió de su casa por una puerta falsa cubierto el rostro con una máscara para no ser conocido. El disfraz no tenía nada de raro en fiestas como éstas. Delante de él iban muchos hombres principales, entre los que se contaba don Alonso de Ercilla. Había empezado ya la marcha cuando don Juan Pineda se metió en medio del poeta-soldado y Pedro Olmos de Aguilera en forma violenta y ofensiva. Sin que mediaran muchas palabras, Ercilla

echó mano a su espada y Pineda hizo otro tanto y con ello se formó un tumulto grande. Don García, al notar lo que pasaba, no reprimió sus impulsos y con la maza que descolgó del arzón de la silla, arremetió su caballo contra don Alonso dándole recios golpes en el hombro que acabaron por echarlo a tierra. Pineda, al ver esto, huyó despavorido buscando asilo en la iglesia. No contento con esto don García sentenció que al día siguiente les cortasen la cabeza al pie de la horca. La simpatía de que gozaban los reos entre sus compañeros de armas y la decisiva participación de una dama que cultivaba estrechas relaciones con el gobernador permitió que se revocase la sentencia de muerte. Firme esta mujer en su intento, logró con las primeras luces del alba, cuando los reos habían sido conducidos al lugar del suplicio, que la medida quedara sin efecto. Permaneció preso tres meses. Su condición de reo no le impidió en el lapso indicado participar en asaltos y batallas. Este incidente no lo olvidó el poeta, quedó grabado en su espíritu hasta su vejez. Oigámosle recordarlo en sus robustas estrofas:

*A La Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto pues, en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una junta y desafío
Donde mostrase cada cual su brío.
Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El enorme delito exagerado,
La voz y fama pública le canta,
Que fué sólo poner mano a la espada,
Nunca sin gran razón desenvainada.*

*Este acontecimiento, este suceso
Fué forzosa ocasión de mi destierro,
Teniéndome después gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro;
Mas, aunque así agraviado, no por eso
(Armado de paciencia y duro hierro)
Falté en alguna acción y correría,
Sirviendo en la frontera noche y día.
Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que, aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.
Mas, después del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo, temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla,
Aceleré mi súbita partida;
Que el agravio, más fresco cada día,
Me estimulaba siempre y me roía.*

(Canto XXXVI).

Ercilla abandonó el reino de Chile a fines de 1558 o comienzos de 1559 pasando al Perú. Allí permaneció un tiempo relativamente corto con muy diversa suerte. En Lima encontró a otros desterrados como él por don García Hurtado, valerosos soldados de la Conquista, a saber, Francisco de Aguirre, Francisco de Villagra, Gregorio de Castañeda, Vasco Juárez de Avila, Julián de Bastida, Pedro de Villagra, con quienes alternó y a quienes debió con toda seguridad preciosos datos sobre la Conquista. "Casi podría afirmarse

por esto —dice a este propósito don José Toribio Medina— que allí en Lima escribiera la parte de su poema destinada a contar los episodios más importantes que se verificaron después de la muerte de Pedro de Valdivia, y especialmente la batalla de Mariqueñu y el asalto de Mataquito en que tan conspicua actuación le cupo a Villagra” (39). Abandonó Lima en 1561. Estuvo un corto tiempo en Panamá y de allí siguió a Cartagena donde fué detenido por “una enfermedad larga y extraña”, hasta que tocó tierras españolas el año 1563.

Ercilla volvía a su patria después de una ausencia de casi ocho años (1555-1563). A su llegada a España tuvo noticias de la muerte de su madre y supo que su hermana María Magdalena tenía tratado matrimonio con don Fadrique, de Portugal. Con este motivo, hizo un viaje a Viena y recorrió Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia, Polonia. Regresó a Madrid con su hermana. Esta murió poco después de casada y le dejó una herencia suntuosa.

Se sabe que el ilustre vate tuvo una amante y de ella un hijo y que casó con dama principal, doña María de Bazán, matrimonio que acrecentó su fortuna nada pequeña. Hizo, después de casado, un viaje a Italia que duró cerca de tres años (1574-1577). Visitó Florencia, Bolonia, Ferrara, Padua, Mantua, Plasencia, Milán, Pavía, ciudades que recuerda en *La Araucana*.

Contrariamente a lo que sostiene Ercilla en las estrofas finales de *La Araucana*, de que en su vejez pasaba por una “pobreza suma”, puede aseverarse que fué hombre de negocios afortunados y que se dedicó en Madrid a la compraventa de objetos artísticos y a los préstamos en dinero. Su clientela constituíla gente de la aristocracia y comerciantes.

En 1580 murió el hermano mayor del poeta; seis meses después su hermana María y su hijo natural, Juan, pereció en el naufragio de la nave “San Marcos” que formaba parte de la Invencible Armada cuando en 1588 se dirigía a Inglaterra. Estas desgracias pare-

(39) José Toribio Medina, *Obc.*, pág. 96.

ce que pesaron hondamente en la sensibilidad de Ercilla. Puede ser también que hombre educado en la corte, atento a los favores que esperaba del monarca justo y magnánimo, malquisto por éste, víctima de un agravio cuya realidad es fácil captar en sus rudos versos, esté profundamente herido y haya visto todo negro por tan sensible circunstancia. Este estado de ánimo lo expresó con elocuencia en las estrofas finales de *La Araucana*, "confesión y testamento poético de su autor", como lo llama José Toribio Medina. La cita será larga, pero complacerá a todos seguramente:

*Canten de hoy más los que tuvieren vena,
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les da materia llena
Y un campo abierto, fértil y espacioso,
Que la ocasión dichosa y suerte buena
Vale más que el trabajo infructuoso:
Trabajo infructuoso como el mío,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.
¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Hacia el helado Norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistado:
Climas pasé, mudé constelaciones,
Golfos innavegables navegando,
Extendiendo, señor, nuestra corona
Hasta casi la austral frígida zona!
¿Qué jornadas también por mar y tierra
Habéis hecho que deje de seguiros?
A Italia, Augusta, a Flandes, a Inglaterra,
Cuando el rey por rey vino a pedirlos:
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Perú me llevó por más serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas*

Y el rebelde indiano castigado,
Y el reino a la obediencia reducido,
Pasé el remoto Arauco, que alterado
Había del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego delante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.
Dejo, por no cansaros y ser míos,
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los fríos,
La falta irremediable de vestidos;
Los montes que pasé, los grandes ríos,
Los yermos despoblados no rompídos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que aún son para contadas importunas.
Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitán acelerado
Fuí sacado a la plaza injustamente
A ser públicamente degollado,
Ni la larga prisión impertinente,
Do estuve tan sin culpa molestado:
Ni mil otras miserias de otra suerte
De comportar más graves que la muerte.
Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy más viva,
Desmayada la esperanza quebrantada,
Viéndome proejar siempre agua arriba;
Y al cabo de tan larga y gran jornada
Hallo que mi cansado barco arriba,
De la adversa fortuna contrastado,
Lejos del fin y puerto deseado.
Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga abí arrojado y abatido,

*Verán al fin que por derecha vía
La carrera difícil he corrido;
Y aunque más inste la desdicha mía,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en sólo arribar a merecerlas;
Que el disfavor cobarde, que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma
Así, doy punto en esto, pues conviene
Para la grande innumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.
Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave,
Y el temido y dudoso paradero
El más sabio piloto no lo sabe;
Considerando el corto plazo, quiero
Acabar de vivir antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraída
Que, aunque esto haya tardado de mi parte
Y a reducirme a lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y en toda parte
Para volverse a Dios jamás es tarde:
Que nunca su clemencia usó de arte,
Y así el gran pecador no se acobarde
Pues tiene un dios tan bueno, cuyo oficio
El olvidar la ofensa y no el servicio,
Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida más florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido;*

*Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razón que llore y que no cante.*

(Canto XXXVII).

Murió Ercilla en Madrid el 22 de mayo de 1594.

* * *

La Araucana está dividida en tres partes que el poeta publicó en 1569, 1578 y 1588. Consta de 37 cantos y está escrita en octavas reales. Trata de la conquista de Chile en tiempos de Pedro de Valdivia y de García Hurtado de Mendoza. El relato se ajusta a las características del género épico por su objetividad, realismo, la grandiosidad del tema. Se le ha criticado la ausencia en él de un personaje central, la falta de unidad de acción, la pobreza del plan y el desenlace nada explícito. Resulta por esto difícil clasificar el poema. Algunos tratadistas sostienen que es una epopeya y que puede parangonarse con las mejores obras en su género de la literatura universal. Otros le restan calidad poética, consideran que en *La Araucana* lo histórico predomina sobre lo artístico. Nuestra opinión es que estamos frente a una epopeya de alto valor literario.

El personaje central del poema debió ser don García. Las opiniones sobre este punto son múltiples. Montoliu sostiene que el héroe central es Caupolicán. Valbuena Prat es del mismo parecer, aunque nunca en la forma categórica con que lo hace aquél. "Si algún héroe —dice— está cerca de la condición de protagonista, nadie como Caupolicán, el araucano que logró, por soportar más que ninguno la prueba del madero, ponerse frente al ejército de la independencia (40). Desde el Canto II, en que trabamos amistad con él por primera vez, hasta el Canto XXXIV, en que presen-

(40) Angel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura Española*, tomo I, pág. 626.

ciamos su muerte, su figura pasea majestuosa y salvaje por el libro.

Sin perjuicio de esta tesis, Valbuena Prat ha sostenido, con mayor ahinco, que el verdadero héroe del poema es el mismo pueblo araucano. A su juicio, Ercilla no destacó en el bando español ninguna figura capaz de personificar la raza conquistadora. Son épicos en grupo. En cambio, entre los araucanos sobresalen personalidades intensas, como Caupolicán, Colo Colo, Tucapel, etc., y el escenario de Chile que describe guarda armonía con ellos a pesar de las pinceladas idealizadoras. Así piensa Valbuena Prat. Por un curioso y sugestivo antagonismo crítico el fino esteta chileno Eduardo Solar Correa juzga el poema con opuesto criterio. "Sólo España —dice— puede ser considerada como el protagonista de *La Araucana*" (41). Apoya este aserto en diversos argumentos, llamando la atención al hecho de que cada una de las partes de que consta el poema termina con el triunfo de las armas peninsulares, y a que el heroísmo de los indígenas, sus éxitos parciales, sus jactanciosas arengas, vienen a ser a la postre, el pedestal sobre el cual coloca a España.

La crítica ha formulado reproches más o menos serios al poeta por haber idealizado el paisaje chileno que recorrió y conoció durante su estancia en nuestro suelo. Paul Van Tieghem ha dicho a este propósito que Ercilla "no ve la realidad como no sea a través de Virgilio". Esto es efectivo. El paisaje que nos pinta es convencional, abstracto, suave, dulce. Son muy serias las dudas que deja Ercilla en nuestro espíritu cuando alude a la flora. He aquí dos ejemplos:

*Y apuntando a Valdivia en el celebro
descarga un gran bastón de duro ENEBRO.*

(Canto II).

(41) Eduardo Solar Correa, *Literatura Española*, "La Edad de Oro", págs. 186 y 187.

*Pues el madero súbito traído
(no me atrevo a decir lo que pesaba)
era un macizo LÍBANO fornido
que con dificultad se rodeaba.*

(Canto II).

Que nosotros sepamos ni el *líbano* ni el *enebro* pertenecen a nuestra flora y aparecen en el poema porque así lo quiso la imaginación de Ercilla.

Las observaciones hechas no impiden reconocer, sin embargo, que el poeta tuvo a ratos la visión directa del paisaje. Valbuena Prat ha alabado el furioso huracán que se describe en el Canto IV. La descripción le parece muy tropical, muy verdadera. Se cita también como un vivo cuadro chileno el encuentro con la frutilla en el canal de Chacao al bajar a la playa:

*Hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa;
y aunque agreste, montés, no sazónada
fué a tan buena sazón y tan sabrosa
que el celeste maná y ollas de Egipto
no movieran mejor nuestro apetito.*

(Canto XXXV).

Las mismas críticas que se le hacen a Ercilla por haber idealizado el paisaje se repiten cuando se trata del araucano. Este sufre una idealización no menos ostensible. El hecho ha sido observado por numerosos comentaristas. Será curioso recordar el juicio de Domingo Faustino Sarmiento, el autor de *Facundo*, por su valor inicial ejemplar: "... y a trueque de hacer un poema épico, Ercilla hizo del cacique Caupolicán un Agamenón, de Lautaro un Ajax, de Rengo un Aquiles. Qué oradores tan elocuentes los de parlamentos, que dejaban a Cicerón pequeño, y topo a Aníbal, los generales

en sus estratagemas" (42). Posteriormente otros críticos, Eduardo Solar Correa, Mariano Latorre, etc., han reiterado juicios semejantes al anotado. Frente a la pintura del físico del araucano, de sus juegos, de sus arengas, se tiene la impresión de no estar ante un pueblo bárbaro. Ercilla, espíritu renacentista, escribe de este modo por un imperativo de su cultura clásica y del sentido retórico de la época en que vivió. Cabe observar, sin embargo, que hay en varios pasajes en que se habla de los araucanos, observaciones directas ajenas a toda idealización. Son pocas. El gusto de los araucanos por arengar a sus compañeros existió, era una costumbre para ellos grata. Los juegos violentos producíanles satisfacción, aún cuando Ercilla en el Canto X nos los describe en forma asaz ideal. Cabe dentro de estas digresiones anotar que el poeta nos ha dado de los principales jefes araucanos verdaderos retratos psicológicos que no corresponden a la realidad histórica. Colo Colo simboliza la prudencia y sagacidad; Galvarino, el valor temerario; Caupolicán, el jefe de recio perfil humano; Fresia, la mujer bravía con plena conciencia del honor. Es evidente que Ercilla los idealizó por las razones dadas. Las palabras de Fresia frente a Caupolicán prisionero estarían bien en boca de una mujer española o espartana. El héroe araucano cuando arenga lo hace en términos desmesurados:

*Bien entendido tengo yo varones
para que nuestra fama se acreciente
que no es menester fuerzas de razones.
Más sólo, el apuntarlo brevemente,
que según vuestros fuertes corazones
entrar la España pienso fácilmente,
y al gran emperador invicto Carlo
al dominio araucano sujetarlo.*

(Canto VIII).

(42) Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, 1915, pág. 103.

El tema amoroso ocupa largos pasajes de *La Araucana*. Ercilla, como dijimos, quiso darle amenidad al relato pareciéndole monacorde su treno guerrero, y por eso lo incorporó a la obra. El amor lo trató con espíritu renacentista, siguiendo de cerca el padrón trazado por la novela pastoril. Las parejas araucanas Lautaro-Guacolda, Crepino-Tegualda, Glaura-Cariolano protagonizan bellos idilios. No espere nadie encontrar en la lectura de estos episodios el amor arrebatado ni la pintura fiel de los amantes. La idealidad de la visión suplanta por completo la realidad. Conozcamos uno de estos idilios tal como nos lo describe el ilustre vate español. Una noche oscurísima en que los españoles temían un nuevo ataque y los centinelas se relevaban por turno en lo alto de un reducto, Ercilla divisó un bulto y sintió unos sollozos. Se acercó y vió que el bulto correspondía a una mujer, la que buscaba entre los cadáveres que quedaron en la batalla del día anterior a su marido amado. La india pídele compasión, encontrándola fácil en el poeta, y luego le cuenta su triste historia de amante desdichada. Ella era libre y feliz, pero la diosa Fortuna turbó su alegría, dándole ocasión en un torneo para conocer a Crepino, vencedor en varias luchas:

*Luego de mucha gente acompañado
A mi asiento los jueces le trujeron,
El cual ante mis pies arrodillado,
Que yo le diese el premio me dijeron.
No sé si fué su estrella o fué mi hado
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé a temblar y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.
Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí más reportada,
Al vencedor en todo dignamente*

(Que estaba allí inclinado ya en mi falda)
Le puse en la cabeza la guirnalda;
Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos.
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó a sus razones mis oídos.
Al fin se fué, llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos,
Pues que llegué de amor y pena junto
De sólo el primer paso al postrer junto.
Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brío;
A la cual sometida se entregaba
La razón, libertad y el albedrío.
Yo que, cuando acordé, ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frío,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenía abajados
Roto con fuerza súbita y furiosa
(De la vergüenza y continencia) el freno
Le seguí con la vista deseosa,
Cebando más la llaga y el veneno;
Que sólo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno:
Así que, adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

(Canto XX).

Tegualda termina por perder su libertad,preciado orgullo de su vida, casándose con Crepino, el indio cuyo cadáver busca en la oscuridad de la noche. Ercilla oye con fraternal cariño su queja, diciendo estas bellas palabras finales en las que volvemos a recordar a Garcilaso de la Vega:

*Aquí acabó su historia, y comenzaba
un llanto tal que el monte enternecía (43).*

(Canto XX).

Las aristas sensibles del alma de Ercilla corresponden a las de un conquistador culto y justiciero. No trató bien a Valdivia y se indigna varias veces por las injusticias que se cometen con los indígenas. Dice del capitán y jefe de la conquista del reino de Chile palabras enérgicas:

*Remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.*

(Canto I).

*Valdivia perezoso y negligente
incrédulo, remiso y descuidado.*

(Canto II).

*Con una espada y capa solamente
ayudado de industria que tenía
bizo con brevedad de buena gente.*

(Canto I).

*A Valdivia, mirad de pobre infante
si era poco el estado que tenía,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al día.*

(Canto III).

(43) Garcilaso habla en su Egloga 1.^a del dolor del pastor Galicio, quien llora por los desdenes de su amada. Dice:

*Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio
con la pesada voz retumba y suena.*

Cuando describe la muerte de Caupolicán tiene también oportunidad para revelarnos las íntimas dulzuras de su alma:

*Paréceme que siento enternecido
al más cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido,
al cual, Señor, no estuve yo presente,
que a la nueva conquista había partido
de la remota y nunca vista gente,
que si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera.*

(Canto XXXIV).

Ercilla no encarna el tipo del conquistador, hombre poseído de la fiebre del oro y del afán de gloria, sino el del anticonquistador, el del español cortesano, culto, sensible.

En el orden literario estricto se ha alabado al poeta la fidelidad y animación con que describe las batallas y la realidad. "Ercilla es un escritor —anotó Azorín— veraz y realista" (44). Los clavos del collar de un perro son advertidos por la pupila escrutadora de don Alonso:

*Un lebel animoso remendado,
que el collar remataba una venera,
de agudas puntas de metal herrado...*

El vocabulario es enérgico, varonil, directo. Ercilla no elude en la descripción de la realidad ninguna imagen, por cruda que ésta sea. El lenguaje se ciñe al sentimiento creador sin reticencias ni pudores. Los araucanos aman a las españolas sin compasión, con crueldad feroz:

(44) Azorín, *Los dos Luises*, Buenos Aires, 1944, pág. 146.

*... Y a las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con más rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramientos a las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.*

(Canto VI).

En la cueva del mago Fitón hay redomas que contienen restos de animales y otras graves cosas:

*No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas serpientes enconadas;
alacranes y colas de dragones
y las piedras del águila preñadas:
buches de los hambrientos tiburones:
menstruo y leche de hembras azotadas.*

(Canto XXIII).

El soberbio Tucapel ha retado a Rengo a dirimir bríos, fuerza y pujanza. Los araucanos apuestan a sus favoritos:

*Quien apostaba ropa, quien ganado,
quien tierras de labor, quien granjerías:
algunos que ganar no deseaban,
las usadas mujeres apostaban.*

(Canto XXIX).

No fué refractario el poeta a las imágenes visuales henchidas de vivos colores. Hay algunas en el poema de una extraordinaria gracia y belleza.

Dice del heroico Caupolicán:

*Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado...*

(Canto II).

El ejército araucano luce hermosísimas galas:

*Allí las limpias armas relucían
más que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas,
verdes, azules, blancas, encarnadas.*

(Canto IX).

Recorre el poeta con frecuencia en *La Araucana* a las comparaciones o símiles, muchos de ellos tomados de los animales. José Toribio Medina, Valbuena Prat, Solar Correa, exégetas celeberrimos de la obra, han anotado elogiosamente el tópico. La astucia que emplean los araucanos en sus combates parece la del más avezado cazador:

*Como el cursado cazador que tiene
la caza y el lugar reconocido,
que poco a poco el cuerpo bajo viene
entre la yerba y matas escondido:
Ya apresura el andar, ya le detiene,
mueve y asienta el paso sin ruido,
hasta ponerse cerca y encubierto
donde pueda hacer el tiro cierto:
con no menor silencio y mayor tiento
los encubiertos indios parecieron.*

(Canto XXXI).

Hay momentos en *La Araucana* de alta tensión poética en los que Ercilla nos describe imágenes o percepciones con exquisita gracia y galanura. En el grandioso torneo que sostienen los araucanos

para elegir su jefe supremo ocurren hechos extraordinarios en los que participa la propia naturaleza como telón de fondo o como animado personaje:

*Salió la clara luna a ver la fiesta
del tenebroso albergue húmedo y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío.*

(Canto II).

La mañana apunta en aquellos campos con un derroche de sol:

*Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmedo humor reverdecía
y quedaba engastado así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.*

(Canto II).

La luna mira desde lo alto la prueba virilísima:

*Paróse al medio curso más hermosa
a ver la extraña prueba en qué paraba.*

(Canto II).

El fragor de las batallas es intenso y llega al cielo:

*Sube el alto rumor a las estrellas
sacando de los hierros mil centellas.*

(Canto III).

En resumen, Ercilla considerado como poeta reúne títulos suficientes para el elogio sin tasa y la admiración superlativa.

* * *

La crítica hispánica, con la honrosa excepción de Valbuena Prat, no ha mirado el poema épico de Ercilla con simpatías. La exégesis literaria chilena, en cambio, ha visto en *La Araucana* sus grandes merecimientos. Es este libro nuestro poema épico. Fuera de su importancia literaria indiscutible, él creó un mito racial de hondo arraigo en el pueblo chileno: el mito del araucano. No obstante haber contribuido los araucanos con una cuota escasa en la formación de la raza, hemos fincado en ellos sus principales atributos. "En Chile respiramos a Ercilla —ha dicho Solar Correa— pero no lo sabemos" (45). El es chileno por eso y porque han sido deudores suyos Ovalle y Diego de Rosales en el siglo XVII, Salvador Sanfuentes y Bilbao en el siglo XIX, Víctor Domingo Silva y Samuel Lillo en el siglo XX.

(45) Eduardo Solar Correa, *Semblanzas Literarias de la Colonia*, Santiago de Chile, 1933, pág. 48.